
ESPAÑA ENTRE DOS TRATADOS

Carlos Bru



5

La decisión española de permanencia, o no, en la Organización del Atlántico Norte, y consiguiente mantenimiento, o denuncia en su caso, del Tratado a que nos adherimos hace más de dos años, cobra un sentido multidireccional.

Apuntan tales direcciones: 1) al ámbito doméstico de nuestras necesidades defensivas y posibles escenarios de conflicto; 2) al cesto plural de nuestras relaciones con Europa; 3) a un ámbito estratégico europeo, y 4) a la imbricación en ese ámbito de nuestros *dos compromisos*, el que nos liga a la OTAN y el que nos liga a Estados Unidos por el Tratado de Madrid de 1976, heredero de los acuerdos franquistas. Dis-

cutidos frecuentemente los dos primeros puntos, quisiera yo en estas líneas referirme a los dos siguientes, porque: a) parece ser que la incorporación de España, país europeo, a la OTAN debe partir de una cierta disposición de ánimo respecto a esa política en conjunto que, desde hace 40 años, es la estrategia europeo-occidental; b) a partir de ahí, y a partir de que hay *dos Tratados*, tampoco parece inoportu-

no examinarlos en su mutua relación y, ¿por qué no?, deducir un pequeño balance al respecto.

La estrategia, por parte occidental, es de *disuasión*: es el caso que en Europa —no hablo de otras regiones— ninguno de los Estados integrantes de la Alianza Atlántica puede ser acusado de acto alguno de agresión directa o indirecta.

Sobre esa *disuasión* me atrevería yo —aún a costa de que los mandarines de la euroestrategia traten a uno de intruso y simplificador— a echar por delante unas leves consideraciones, cuyo grado de relativa convicción por mi parte se alimenta aún más de la —a mi ver— radical inexactitud de sus contrarios.

A. *Crée uno que, mal que bien, la disuasión nuclear ha preservado la paz en Europa desde la caída del III Reich a nuestros días, o sea, durante treinta y nueve años. Si por paz se entiende, como mínimo, la inexistencia de conflictos armados generalizados o bilaterales (otra cosa son las «normalizaciones» dentro y entre países del Pacto de Varsovia, tenidas por meras operaciones de policía), no ha habido período más largo de paz en nuestro continente.*

Negar la incidencia del «equilibrio del terror» en tal situación debería comportar la recíproca constatación —que yo no he visto alguno haga— de que una Europa —o, si se quiere, unos bloques en su expresión europea— desprovista del factor disuasorio nuclear, en ningún momento de ese largo período habría convertido en caliente la llamada guerra fría.

Claro que a esto puede tachársele de futurible, de pasado, o de imposible prueba negativa, pero me gustaría que alguno de tantos profetas de la Destrucción Mutua Asegurada (M.A.D.), o de los arbitristas del Desarme Nuclear Unilateral como medio de paz (no discuto otros fines, muy

**La disuasión nuclear
ha preservado
la paz en Europa
desde la caída del III Reich
a nuestros días.**

respetables), me llegase a explicar en virtud de qué misterio la mayor tensión ideológica, de intereses y fuerza que ha conocido la Historia, entre dos bloques cons-

cientes y volentes de su antagonismo, no ha desembocado hasta la fecha en una guerra abierta, antes bien se ha producido un súbito repliegue de una u otra parte en cuanto se aproximaban al punto de no retorno.

(Ello sin perjuicio de contiendas periféricas o subalternas, de «permisión» —zonas de influencia reconocidas mutuamente—, de desgaste o experimentales, y de origen o significado no bipolar, en las que este reduccionista esquema, «Este-Oeste», sirviéndolas, se sirve de ellas).

Pero allá donde los bloques han estado frente a frente y en su descarnada confrontación nuclear —y la larga y longeva frontera que separa Europa es un buen (mal) ejemplo de ello— la chispa viene siendo cuidadosamente evitada.

Que ello no se deba al temor de exterminio sería cosa digna de ser explicada. El armamento nuclear está dotado de capacidad potencial de exterminio —no vamos a computar el grado de «overkill» del arsenal existente, parece que salimos a tres T.N.T., o sea 40 óbitos posibles «per cápita»¹ —y ahí radica su cualidad —que se reconoce— de *disuasoria*. Pero también —lo que no se dice tanto— de *autodisuasoria*, respecto de sí y respecto de las armas inferiores.

Por eso no me convencen los neocríticos del arma nuclear, basados en la presunta inutilidad de un arma que no se puede usar.

(Por todos, McNamara: «Arrojar bombas nucleares sería una acción suicida... No se puede edificar una disuasión creíble sobre la base de una acción increíble... las armas nucleares son totalmente inútiles,

excepto para disuadir a nuestro opositor a que las utilice únicamente (subrayado mío) ². También N. Bobbio ³, para quien es paradójico e incomprensible que la cesación de la guerra pueda descansar, más que en su «no necesidad», en «su posibilidad exterminante». Y recoge de Raymond Aron la paradoja de la «guerra imposible» por la «destrucción posible».)

Creo, con todas las relativizaciones pertinentes, que agrade o no, tal paradoja funciona: que su función radica en una presencia nuclear amenazadora, en la «verosimilitud de respuesta» nuclear de que habla Angel Viñas ⁴, capaz de amenazar no sólo por sí misma —eso está por descontado— sino de amenazar también a quien ose usar de la panoplia armamentística en sus grados inferiores o no nucleares, pero a ella inevitablemente conducentes. ¿Qué otra cosa es la estrategia otanista de la «respuesta flexible» en Europa?

En la verosimilitud del uso nuclear, en el margen de duda del abismo entrevisto a partir del uso de las armas convencionales, radica el poder disuasorio del arma total.

Pero entonces resulta que, contra la opinión de McNamara, Kennan, etc., la capacidad exterminadora del arsenal nuclear evidencia, sí, su propia inutilidad, pero evidencia asimismo la inutilidad de las armas todas, en cuanto escalonadas al arma total y a ella inordinadas.

Evidencia la más que probable interdicción de la guerra entre las superpotencias.

Ocurre, sin embargo, que a la Humanidad se le hace pesaroso, si no insoportable, asumir el hecho de haber alcanzado su capacidad de autoexterminio, hecho inédito en su historia y, además, irreversible: no se des-inventa lo inventado.

Ante tamaña realidad, cabe querer ignorarla (mal camino) o cabe, al menos, mirarla de frente y estudiar su incidencia sobre el comportamiento social.

(Por ejemplo, preguntarse si ese hecho no se une al de tantas innovaciones técnicas que, al hacer saltar determinadas convicciones o relaciones humanas, son capaces de conformar un nuevo «ethos»: la generalización de técnicas contraceptivas, como devaluante de la virginidad femenina y de la supremacía masculina; la telemática, nuevo soporte de la comunicación humana; la informática, revolución en la formación y transmisión de valores; la robótica, revulsivo frente a la «moral» del trabajo; o más recientemente, el trasiego embrionario y quién sabe si preocupante hipótesis de clonaciones genéticas, como desafíos a viejas ideas de paternidad o hasta de identidades nominalistas...)

Habría que preguntarse si la, en ese punto, deleznable y vieja condición de una especie zoológica que a través de los tiempos ha autorregulado su demografía mediante la agresión sistematizada, por otros llamada «guerra justa», no había de

encontrar su lógico contrapunto, su máxima acusación, quien sabe si su correctivo, en ese su novedoso logro, el de la guerra como absurdo, es decir, como iniquidad

total, porque acaba con su materia prima, el hombre.

Realidad nueva, insisto, de la que no cabe volver, por lo que, por encima de protestas pudendas, habrá que encararla.

Comprendo que tal cosa cuesta trabajo, y no falta quien, como Francesco Calogero ⁵, atribuya a curiosas consecuencias a esa impresión generalizada del abismo ante sí, tales como la adicción a drogas y alcohol, o el terrorismo. Más atendiblemente, Rafael Sánchez Ferlosio ⁶ ha visto, en lo que él llama el «militarismo zoológico», una situación de provisionalidad o aplazamiento vitales.

Efectivamente, si vivimos porque no nos matamos, vivimos para no matarnos: sobrevivir, más que vivir, pasa a ser el ob-

**El aviso que es la disuasión
está reñido con la carrera
hacia la paridad
armamentística, y más
si es nuclear.**

jetivo. Esto sería una inversión de términos, una fuente de *inautenticidad*. ¿Será soportable?

Yo creo que sí. En último término, sería extrapolar a una situación colectiva algo que se da en la existencia individual: no olvidemos a Sartre cuando hace partir de la capacidad de *suicidio* en el hombre su realidad radical, la de elegir o comprometerse. La elección de una Humanidad capaz de suicidio colectivo, versaría entre ello, o bien la construcción de la paz.

En otro orden de cosas, el *aviso* que es la disuasión está reñido con la carrera hacia la paridad armamentística, y más si es nuclear.

Esa carrera sí que es inútil. Como dice el mismo Calogero ⁷, «el corolario lógico de la teoría de la disuasión es la suficiencia: no hacen falta más armas nucleares que las que sean suficientes para garantizar de manera inequívoca la capacidad de causar un daño inaceptable mediante un segundo golpe de represalia...».

La paridad es indiferente, la carrera hacia ella criminal y autoalimentada, el fatigoso recuento de cabezas, u ojivas, estúpido. El poder disuasor-autodisuasor del arma nuclear está en su cualidad de techo —a que se ha llegado con creces—, y derivado no ya de su poder destructor inmediato del *otro*, sino de la radiación mediata, incontrolable y *retráctil*, es decir, punitiva de *uno mismo*.

La referencia de este autor al segundo golpe es importante porque, en efecto, y en otro ulterior orden de cosas, la disuasión nuclear es perfectamente compatible con la «renuncia al primer uso», tal como ha ofrecido el Pacto de Varsovia, recomienda el Informe Palme y debería hacer la OTAN a su vez. La no redundancia en el arsenal y el «no first use» del mismo dejan las espadas en alto de la disuasión, pero abren vías a la distensión.

B. *La vía de la distensión no discurre por el desarme en el techo, sino en sus alrededores* (armas convencionales y nuevas armas).

Albert Calsamiglia ⁸, con referencia a S. Cotta, opina que «si de desarme se trata, se debe tratar de desarme total y no de desarme nuclear. Y ahí me parece que la crítica armamentística se ha basado en el terror que produce el armamento nuclear y no ha tenido en cuenta que el armamento convencional también produce su terror». Análogamente, Alva Myrdal ^{8 bis} advierte que las nucleares, por ser más aterradoras, están más controladas y almacenadas, mientras que las convencionales están en plena difusión y «uso cruelmente creciente»; son mayor negocio (dos veces más) para el famoso complejo industrial-militar, alimentan en su totalidad el comercio internacional y, sin embargo, su fabricación sería la más fácilmente convertible a usos pacíficos.

Pues bien, yo opino más aún, que de momento el único desarme factible y creíble es el de las armas convencionales.

Por ahí es por donde habría, pues, que empezar: justo a la inversa de lo que se dice pero que, por supuesto, tampoco se hace.

Me explico: cabe y debe pactarse, por lo pronto, la inmediata congelación en la producción de ingenios nucleares y sus pruebas. Cesar en la carrera.

Cabe y debe pactarse una inmediata cesación en la preparación de la guerra «galáctica» prevista mediante técnicas de miniaturización antisatélite o de altas energías direccionales (lasser).

Hay que proscribir, y cabe hacerlo, las reservas (supongo que no sólo mentales) en armas químicas, bacteriológicas, de orden binario, FAE (Fuel-Air-Explosive), de radiación intensificada (neutrones), y no digamos nada de las psicotrópicas (por infrasonido o radiofrecuencia), etc. ⁹.

**De momento
el único desarme factible
y creíble
es el de las armas
convencionales.**

Pero pretender hoy el desmantelamiento o la reducción, por debajo del «margen mínimo de redundancia en la seguridad» del arsenal nuclear, es pretender lo imposible.

Hablar de desarme nuclear por las superpotencias es una buena coartada para no hacer nada respecto de esa inmensa panoplia de armas convencionales.

Peor: es engañarse o engañar. Ninguno de los detentadores de ingenios nucleares, en sus dos versiones «clásica», o de radiación intensiva (neutrones), va a prescindir de lo que considera su resorte disuasorio mínimo¹⁰. Caso de una destrucción, o reducción por debajo del techo de represalia, del arsenal propio, el resultado sería el mismo porque, como dice N. Bobbio, «lo que no se puede destruir en el hombre es el conocimiento en las técnicas que permiten construir las».

Un desarme nuclear que no descansare en unos sistemas jurídicos de prevención de la guerra (autoridad mundial atendida, etc.) sería —de producirse— una galante aunque, eso sí, costosa incitación a otro rearme más. Que se diese una amenaza mínima, mediante uso de armas convencionales, para cualquiera de los detentadores del —proscrito— poder nuclear y veríamos, si es que no se lo habían guardado en la bocamanga, lo que iban a tardar en resucitar el hongo.

Hablar —por hablar— de desarme nuclear por las superpotencias es una buena coartada, mutuamente concedida y consentida, para no hacer nada respecto de esa inmensa, y ya inútil, panoplia de armas y efectivos convencionales. Su eliminación o drástica reducción es plenamente factible, no atentatoria para la seguridad mutua. La puesta en práctica de esa tarea iniciaría la transformación de una ingente industria bélica en industrias para el desarrollo, es decir, para la construcción de la paz. Existen numerosos estudios demostrativos de la no excesiva dificultad de esa conversión¹¹.

Es así como —por no seguir este más fácil camino— el esfuerzo mayor de limitación de armas llamadas estratégicas

—los SALT I y SALT II— no significaron más —en palabras de Alva Myrdal¹²— que «LA CONTINUACION, por mutuo acuerdo, de la carrera armamentística, regulada e institucionalizada». Se computaron las cabezas nucleares pero no su vehiculización ni su progresiva sofisticación. Y aún así, los acuerdos SALT II no los ratificó EE.UU.

Hay que advertir que hay un confusio-nismo, a su vez, entre nucleares y convencionales; ha habido clasificaciones como si pertenecieran a estas últimas los misiles tácticos de corto alcance, de «punición nuclear limitada». Lo cual es, por supuesto, una gran falacia: el proceso subsiguiente de radiación basta para marcar la diferencia.

C. El peligro proveniente de la URSS.—Servidor dificulta que la Unión Soviética, menos aún los restantes Estados del Pacto de Varsovia, alberguen tentación alguna actual de agredir Europa Occidental. Servidor sospecha que, en la improbable hipótesis de una invasión, el bocado occidental europeo iba a ser tan indigerible —arraigo y hábito de libertades, participación, pluralismo, complejidad técnica y organizativa, explosión cultural... post-modernismo— que acabaría arramblando con el voraz ocupante, o al menos con su sistema: he ahí realizados por vía de retorsión viejos sueños de cruzada anticomunista propios de un Carre-ro o de un Weinberger...

Pero es retenible el dato de que la URSS consumó —ciertamente por dejación ajena, pero no hasta tal grado— la mayor fractura de la historia europea con el súbito aherrojamiento de siete países; que aún en 1947 sometió conspirativamente Checoslovaquia e hizo un intento descarado con Grecia; cercó Berlín y tendió el famoso telón. Para qué hablar de las normalizaciones de Hungría 56, Checoslovaquia 68, Polonia 53 y 82... ya ni tan siquiera internas, porque la acusación

y la amenaza a los occidentales, en cuanto «injerentes», «corruptores» o «revanchistas», forma parte del contexto represivo. Es así como la URSS ha impuesto en la Europa del Este un implacable sistema de *soberanía limitada* —esto es, de soberanía soviética— que, paradójicamente, crea «casus belli» hacia el Oeste cada vez que se ve alterado. De dónde —frente a edificantes, pero inciertas, versiones— la verdadera actitud de las democracias europeas, temerosas de salpicaduras o de repercusiones bélicas, es que nada se solivianta a su Este...

Porque eso es lo temible: la escapada hacia adelante. Proveniente no sólo de la rebelión de los satélites, sino de la propia Unión Soviética, «*sociedad inercial militarizada*»¹³.

Sin entrar en cansinas kremlinologías, baste aludir al dato —no juicio— del *arcaísmo* de un sistema —30 años de aguante hasta el exutorio del XX Congreso, que poco corrigió; primeros ministros huidos, después ejecutados (Beria), desaparecidos (Malenkov), removidos sin explicación (Krushev); gerontocracia, no como vocación (China), o por elección (EE.UU.), sino como único remedio a la lucha interna del poder, etc.— que puede dar aún muchas sorpresas.

Hay un vacío de entramado, no ya democrático, meramente civil, que sea al menos capaz de comunicarse con un pueblo ignoto, y, al parecer, poco digno de confianza; hay enfeudación y robotismo de una burocracia y hasta de un Partido respecto de la verdadera fuente de poder: Fuerzas Armadas y Servicios de Seguridad. Hay inercia y autoalimentación industrial-militar¹⁴.

Y hubo indicios vehementes del uso de técnicas militares, provocadoras del «fait-accompli», en la invasión de Afganistán y el incidente del Boeing.

Los hay, salvo otra explicación más racional que desconozco, en el tema que aquí más nos interesa: la instalación súbita e injustificada en las fronteras con Europa Occidental de 315 SS-20 de 5.000 kilómetros de alcance y dotados de 569 cabezas, y eso a partir de una malla ya antigua de aproximadamente otros 700 de alcance corto.

Lo importante es el salto cualitativo: el temor a la famosa triada portadora yanquizabombarderos, plataformas móviles desde submarinos, intercontinentales desde silos —debiera haber tenido una respuesta congruente soviética, no esa *concentración* termonuclear sobre Europa, conducente a unas reacciones muy calculadas, bien de sometimiento (neutralización forzosa), bien de provocación a la escalada. Ambas muy útiles para la cúpula militar.

De aquí que,

Europa dejará de ser rehén en cuanto obtenga aquello que debe y puede reclamar: la segunda llave de la disuasión nuclear.

D. Uno comprende a quien se ha mostrado comprensivo con la doble decisión.

El rechazo de la «discrepancia» de Izquierda Socialista¹⁵ a «toda postura de comprensión o apoyo, sea implícito o explícito, a la conveniencia de instalar misiles en suelo europeo», apunta indudablemente a las declaraciones de Felipe González, el 3 de mayo de 1983 en Bonn.

Para comprender un poco esa comprensión puede ser útil la lectura de dos documentos: el discurso-despedida de Helmut Schmidt como Canciller, y «Puntos de discusión: Grupo Parlamentario SPD sobre OTAN» (1983).

Muy brevemente, de ellos resumo: Schmidt propuso en Londres en 1977 la instalación de los misiles intermedios. Hasta entonces existía un cierto —precario, si se quiere— equilibrio. Europa estaba bajo el paraguas USA. La súbita instalación de 315 cohetes SS-20, con tres cabezas cada

uno, a lo largo del telón, cambia radicalmente el panorama.

Aún así, la petición RFA y europea no fue el «despliegue automático», sino de equilibrada presión gradual EE.UU. sobre URSS en Ginebra, para una vuelta a la situación inicial.

El grueso de los países europeos no descartaba la inclusión en el cómputo de los arsenales franceses y británicos. Ni la necesidad o conveniencia de que USA ratificase el SALT II.

Pero por la URSS —ciertamente el armamentismo Reagan tampoco lo facilitó— no hubo la menor voluntad de reducir su arsenal cara a Europa. El despliegue comenzó y la URSS se retiró de Ginebra. La RFA, Italia, Bélgica, etc., admiten los Pershing y los misiles de crucero en su territorio, a expensas de la reanudación de las negociaciones de Ginebra, en las que debían tener voz los europeos.

Ciertamente, comprendo a quien comprende a éstos, como no comprendo a quienes, antes quejosos del riesgo de ser rehén nuclear (guerra limitada), protesten ahora de que, *por ser plataforma, se hayan convertido en diana*.

Esa queja no es realista ¹⁶. La URSS, de acudir al «first-strike» nuclear de aviso, en todo caso lo habría hecho sobre Europa, para evitar una inmediata represalia de los M-X, hoy llamados «pacificadores» (!) procedentes de silos en territorio USA. A su vez, esta otra superpotencia pierde, con la instalación europea, la última oportunidad para residuales tentaciones de guerra nuclear limitada al viejo continente.

De aquí que sea de pensar que,

E. *Se han creado las condiciones objetivas hacia el bicentrismo en la OTAN.*—El hecho de que Europa sea hoy

Comercialmente, si el entendimiento de la CEE con el COMECON es muy factible porque sus economías son complementarias, con EE.UU. el choque comercial es inevitable.

arsenal y plataforma de misiles tierra-tierra de carga nuclear, que apuntan al corazón industrial-urbano soviético, a más de las reservas fijas y aerotransportables francesas de no muy precisable cómputo, significa una trascendental modificación en la euroestrategia.

Europa está, sí (y hasta cierto punto, por lo arriba dicho), igual de expuesta, pero pasa a estar más defendida. Como si dijéramos —y no es contradictorio—, su compromiso en la represalia aumenta, pero aumenta más aún su invulnerabilidad, al pasar de ser objeto a ser sujeto de disuasión.

En todo caso —y como compensación de la dubitable ventaja de que desde su territorio pueda encenderse la chispa— *deja de ser rehén*. O mejor dicho, dejará de serlo en cuanto obtenga aquéllo que debe y puede reclamar: *la segunda llave de la disuasión nuclear*.

La carencia de esa segunda llave es fácil, pero no siempre justo, cargarla en el debe de los Estados Unidos. Es decir, no es justo para todo momento: Kennedy ofreció paladinamente el «equal-leadership». Ciertos egoísmos nacionalistas y sordideces económicas sí que han sido un permanente obstáculo *de origen europeo* a la lógica reclamación de la segunda llave.

¿Quién puede reclamar nada, y con qué derecho, tras hacer abortar el proyecto de Comunidad Europea de Defensa (CED) en 1954, tras desarbolar gratuitamente —mejor dicho, mantener el desarbolaamiento gratuito desde 1950— de una Unión Europea Occidental (UEO) en favor de la Organización del Atlántico Norte, tras rechazar por la tácita la invitación de Kennedy? ¿Quién que no dé un paso hacia una Federación política europea que —inevitablemente— comportaría competencias en materia de seguridad?

Evidentemente que toda esa pasividad tiene una ventaja, y es la de que Estados Unidos pague las facturas, o su mayor parte. Pero los políticos que no quisieron ceder soberanía nacional a una instancia superior común bien pudieron considerar la que mientras tanto estaban cediendo a una instancia ajena y extracontinental.

Las cosas, sin embargo, han llegado a un punto en que la Unión Política para, al menos, los países integrantes y candidatos de la Comunidad Económica Europea, ha dejado de ser vago sueño federalista o simple voluntarismo, para convertirse en una *necesidad objetiva*. Precisada, eso sí, de la correspondiente voluntad política. Y ello porque, en muy pocas palabras:

a) Económicamente (intra-Comunidad) el desafío a la crisis y al «gap» tecnológico carecen de otra vía de solución que unos espacios industrial, energético, innovatorio y social plenamente europeos ¹⁷.

b) Económicamente (extra-Comunidad) urge la liberación de la tiranía del dólar (deprimente, si bajo, y expropiante, si alto): se impone la segunda fase del SME, con ECU no sólo unidad de cuenta sino medio de pago, garantizado por un Fondo que, indudablemente, comporta el supranacionalismo monetario. Si Inglaterra se resiste a ello, tenemos —y no hay que inquietarse— la Europa de las dos velocidades... ¹⁸.

c) Comercialmente, si el entendimiento de la CEE con el COMECON es muy factible y optimizable porque sus economías son complementarias, con EE.UU. —en menor grado, con Japón— el choque comercial es inevitable.

EE.UU., con su déficit público succionante, con su penetración por las multinacionales, su intransigencia en el GATT, etc., es el *contrincante real* de Europa Occidental.

**Geoestratégicamente,
hablar de neutralidad es padecer
de «asomatognosia»
o incapacidad sensorial
de ubicación.**

d) En las políticas proyectables al resto de las regiones mundiales, también las diferencias entre EE.UU. y Europa se exasperan, e irán a más. Las diferencias de visión conducen inexorablemente a diferencias en la acción.

Ya hay hechos concretos: conatos de «ostpolitik», concertación sobre el gaseoducto soviético, tomas de posición respecto de Oriente Medio con reconocimiento de la OLP, condenas de las dictaduras del Cono Sur y del *apartheid* sudafricano, el reciente y hasta hace poco impensable acto de presencia comunitario en San José de Costa Rica para avalar Contadora, el divergente tratamiento a problemas como el endeudamiento, cuotas al BM y FMI, la aprobación de bienes planetarios como fondos marinos y, sobre todo, un contradictorio enfoque respecto del Tercer Mundo (que para USA es campo de relaciones bilaterales de mercado libre, y para Europa es necesidad de ayuda planificada al desarrollo en beneficio mutuo), etc., son ejemplos de una creciente e irretornable *bifurcación* de políticas, contra la que el seguidismo residual de algunos gobiernos conservadores europeos poco va a significar. Porque no es cuestión de ideologías, es cuestión de intereses contrarios.

Subsiste, sí, la convergencia en un modelo democrático pluralista localizado en una de las pocas regiones mundiales que lo practican con autenticidad (imperfecta, por supuesto): Europa Occidental, sometida a una vieja amenaza.

Eso explica el origen y el mantenimiento de la OTAN. *Pero no explicaría la inmovilidad de la OTAN.* Ello, a su vez, porque:

e) La instalación de los Pershing y de los misiles de crucero ha despertado una saludable ola de pacifismo que, o queda en mero testimonio de protesta, o se concretizará en proyectos políticos de mayor

justicia internacional, *único basamento de la Paz*. (Recordemos, con François Perroux: «*o guerra o reparto de pan*»). Es decir, más desvío aún respecto de Estados Unidos.

f) La inédita situación de *suficiencia disuasoria* en que se encuentra hoy Europa —y en la que probablemente no se ha pensado bastante— aporta un nuevo colorido al pretérito riesgo del abandono por parte de los americanos, y que hoy sería de muy buen recibo.

No olvidemos un dato: los misiles están en suelo europeo. Nadie ha denegado, nadie se atreverá a atentar, contra un derecho de uso y disposición, de expropiación en su caso, por *accesión territorial*. Eso sí, hace falta la llave (*y pagar*).

g) El ex Secretario de Estado Henry Kissinger¹⁹ parece que la ofrece: Comandancia en Jefe de los efectivos europeos de la Alianza en la persona de un europeo, «responsabilidad europea de marcar el umbral nuclear por sí misma» y «protagonización europea de las negociaciones sobre control de armamento de su suelo».

Proposiciones que, o constituyen el soliloquio penitencial de un ciudadano particular (?); o un guante irónico, sabiendo que no va a ser recogido porque el destinatario *no ha sido hasta ahora capaz de unirse*, es decir, de llegar a ser sujeto de política internacional; o es el globo-sonda de una Administración americana que tiende a acomodarse allá donde no ve reales posibilidades de imponerse (Europa, pariente lejano para una laxa relación; costas del Pacífico como campo de inversión; América Latina para el palo y tentetieso).

h) «*E puor Europa si muove*»: la crisis económica y estratégica, el reto mismo de la ampliación a Doce, han llevado a Europa al momento de la verdad: o rena-

cionalización y decadencia, o unión política. Parece que existen más indicios hacia la segunda de las hipótesis.

Con todas sus dudas y retrocesos hay una marcha inequívoca que fragua en el Proyecto de Tratado de Unión Política votado por enorme mayoría el 14 de febrero de 1984 en el Parlamento Europeo, el que a su vez representa una voluntad ciudadana nacida del sufragio directo. Las diez democracias integrantes no pueden deslegitimizar, sin deslegitimizarse a su vez, el resultado de ese voto de idéntica calidad al que a ellas sustenta. Habrá recortes y contemporalizaciones, pero durante el año 85 los Parlamentos Nacionales de los Diez tienen que responder al desafío.

Y ocurre que —como no podía ser menos— el Proyecto, siguiendo los antecedentes de los Informes Davignon (1970), Tindemans (1975), Genscher-Colombo (1978), etc., establece una cooperación (art. 66), eventualmente elevable a «acción común» (art. 68), en todo lo referente a «los aspectos políticos y económicos de la seguridad europea».

El Consejo Europeo de Stuttgart —junio de 1984— recoge el desafío y alude a «una sola voz en política exterior, comprendidos los aspectos de seguridad». La Presidencia francesa, y la subsiguiente irlandesa durante el 84, propician la resurrección de la UEO (Unión Europea Occidental). Una conferencia en Roma el pasado mes de octubre ha hecho un primer examen de la puesta en marcha del mecanismo, cuya dificultad mayor parece radicarse en el antiguo Acuerdo de 1950 de transferir las competencias militares a la OTAN, acuerdo, por supuesto, denunciable.

Existen otras, pero la UEO es una vía para la *bicentración* de la OTAN, para crear el segundo pilar y, de paso, hacerse con la *segunda llave*²⁰.

**La relación bilateral
con Estados Unidos es estática,
cerrada sobre sí misma
y de
subordinación.**

F. España, entre dos tratados.

A diferencia del cheli que lo tiene todo muy claro, Sánchez Ferlosio²¹ nos dice que «yo lo de la OTAN lo tengo tenebroso».

Cabe que algunos otros lo tengamos un tanto «optado» u «elegido», porque sabemos que nos movemos en unos parámetros muy contados y de difícil variación.

La desiderativamente proclamada *neutralidad* carece de posibilidades reales.

Geoestratégicamente, hablar de Neutralidad es padecer de «asomatognosia»²² o incapacidad sensorial de ubicación. Ignorar que estamos en Extremo Occidente, que si en Centroamérica el peligro, la agresión propiamente dicha, viene del Norte²³, en Europa nos apuntan unos SS-20 cuyo radio de acción nos sobrepasa en 2.000 kilómetros, es ignorar demasiado.

Económicamente, ni somos tan ricos como Suecia para dedicar un 4 por cien del PIB a Defensa, ni tan pobres como Malta para jugar con todo un poco, ni llevamos la carga simbólica, para todos respetable, porque conviene respetarlo, de una Suiza «au dessus» de torpes guerras. (Cuestión aparte los efectos de la radiación.)

Nadie pactó —como para Austria— nuestra neutralidad, sino que por el contrario España pactó con Estados Unidos unos rígidos Acuerdos de Asistencia y Ayuda, en condiciones de auténtico satelitismo.

Y como ocurre que a la caída del franquismo los Acuerdos nunca fueron denunciados, y sí transformados en un Tratado que mejora las condiciones de reciprocidad, pero *mantiene la esencia de vinculación*, parece que ese Tratado es el que los españoles deben tener en la mente para estimar la conveniencia o no del otro Tratado, el de la OTAN, a que nos hemos adherido.

Porque existen entre ambos un solapa-

miento que por un lado u otro tiene que romperse.

Ahora bien, si el lado es el de la denuncia del Tratado de Washington, es decir, la no adhesión a la OTAN, nos quedamos para los restos en la relación bilateral. (Y por supuesto fuera de la CEE, el 85 será el año de las Ratificaciones de nuestro ingreso.)

Mientras que si el lado es el de la permanencia en la Alianza Atlántica, el Tratado que nos liga con Estados Unidos es revisable, tal como ha indicado el Jefe del Gobierno en el discurso del debate del Estado de la Nación al recabar el consenso en nuestras fuerzas políticas, y tal como se exige ya en la posición mayoritaria del PSOE ante el XXX Congreso²⁴. Ello comportaría reducción de efectivos norteamericanos en nuestro territorio, un control compartido y por tanto real de las bases que subsistiesen, posibles fórmulas para Gibraltar, una situación inalterada, ni mejor ni peor, para el tan mentado «flanco Sur»...

Pero lo importante no es eso, siéndolo mucho. Lo más importante es que la relación bilateral con EE.UU. es *estática, cerrada* sobre sí misma y de *subordinación*. Alinea a España con Marruecos, Filipinas o Tailandia en su relación con una superpotencia. Mientras que la relación multilateral de la Alianza Atlántica es *móvil, descentralizable* por todo lo anteriormente dicho, y *participativa*. No parece que deban caérsenos los anillos por igualarnos en condición a Holanda, RFA o —para hablar de presencias críticas en Bruselas, actuar de consuno con Grecia o Italia.

Sería, pues, la nuestra una aportación crítica, dotada de profunda voluntad de superación de los bloques a través de una distensión en Europa²⁵.

**La relación multilateral
de la Alianza Atlántica
es móvil,
descentralizable
y participativa.**

Porque hay unas posibilidades reales para España dentro de la OTAN, y no llego a verlas fuera de ella, es por lo que yo propugnaría una *permanencia para el cambio*.

¹ Datos en: Weber y otros, *Crisis de los euromisiles*, pág. 13.

² «El papel militar de las armas nucleares», en *Tiempo de Paz*, n.º 3, págs. 32 y 35.

³ «El problema de la guerra y las vías de la paz», en *Sistema*, n.º 46, pág. 18.

⁴ «El debate de la seguridad en Europa». *Revista de Estudios Internacionales*, n.º 44, pág. 719.

⁵ Francesco Calogero, «La dinámica...», en *Los científicos, la carrera armamentista y el desarme*, Joseph Rotblat (ed.), UNESCO-SERBAL 1984, pág. 30.

⁶ «Jornadas de reflexión OTAN», en *El País*, 10 septiembre de 1984.

⁷ *Op. cit.*, pág. 43.

⁸ En *Sistema*, n.º 46, «La justificación de la guerra».

^{8 bis} *El juego del desarme*. Ed. Debate, 1984, pág. 173 y ss.

⁹ Ver en E. Gomáriz, *Tiempo de Paz*, n.º 1, y K. Lohs, M. Thee y otros en *Los científicos...*, págs. 50 y ss., y 68 y ss.

¹⁰ Una suficiencia nuclear sería hoy, según McGeorge Bundy y Herbert York (asesores de Kennedy), la de 10 bombas de hidrógeno. El General Maxwell Taylor habló de 200 misiles balísticos por cada lado. A. Myrdal (*op. cit.*, pág. 155), que recoge estos testimonios, reconoce la dificultad o arbitrariedad de los cálculos.

¹¹ Por todos, *Disarmament and Development, Report of* (ONU public, N. Y. 1972).

¹² *Op. cit.*, pág. 143.

¹³ Así la llama L. Arrillaga en *Sistema*, n.º 62, págs. 119 y ss.: «¿Una nueva sociedad guerrera?».

¹⁴ La inercia es consecuencia del conservadurismo, en una superpotencia que se tilda aún de revolucionaria. Y no es ya que deje en la estacada a todo movimiento de liberación que no la secunde y sirva, es que da saltos mortales en ese juego: recuérdense los conflictos de Ogadem y Kampuchea.

¹⁵ *Vid. Texto Ponencia de Síntesis XXX Congreso PSOE*, pág. 110.

¹⁶ En realidad, es absurda. Probablemente, en el absurdo participe ese afán de prestigiar la «ciencia militar» en algo esotérico y alejado del más elemental sentido común.

¹⁷ Véase Informe FAST, Comisión de las Comunidades, 1983.

¹⁸ *Vid.*, por todos, J. Delors —recordemos, nombrado para Presidente de la Comisión de la CEE— en *Le Monde*, 9-9-83: «Hay que diversificar los instrumentos de reservas mundiales mediante el ECU en un SME reformado». También Informe Albert-Ball (Parlamento Europeo, 7-7-83), y los trabajos de Ruffolo, Tifflin, etc.

¹⁹ *El País*, 11 de marzo de 1984.

²⁰ *Vid.* Informe Berchen, documento n.º 928 de orden interno de la UEO.

²¹ Artículo citado de 10 de septiembre de 1984.

²² Que diría mayestáticamente López Rodó (*Conversaciones con Paniker*, pág. 325) aunque en sentido muy distinto.

²³ En Nicaragua no cabe moralmente sino estar con el Gobierno Sandinista, frente al agresor.

²⁴ *Ponencia de Síntesis*, pág. 50.

²⁵ Imagino la objeción de que esto suena a aquellos aperturistas del franquismo que entraban «para minarlo». Alguna diferencia ya hay, sin embargo, entre aquellas incorporaciones individuales, habitualmente fuente de medro personal, a una estructura inmovible por dictatorial y la incorporación de un Estado democrático a un colectivo de Estados de igual contextura y en libre proceso de cambio.

(Por ejemplo: hoy, 14 de noviembre de 1984, en la asamblea del Atlántico Norte, el secretario general, Lord Carrington, se ha mostrado contrario —como era de esperar— a propuestas de Delegaciones tendientes a dos importantes objetivos: 1.º renunciar desde el lado occidental al «first use» nuclear; 2.º pasillo desnuclearizado (planes Rapakki, Kennan y Palme). Ambas son viables y deseables. Por ambos habrá que luchar democráticamente, dentro de las estructuras y a partir de ellas.)